

## CAPÍTULO LXVI.

*Que trata de lo que verá el que lo leyere,  
ó lo oirá el que lo escuchare leer.*

AL salir de Barcelona volvió Don Quixote á mirar el sitio donde habia caído, y dixo: aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias: aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas: aquí se escurecieron mis hazañas: aquí finalmente cayó mi ventura, para jamas levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: tan de valientes corazonas es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mesmo, que si quando era Gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oido decir, que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha y antojadiza, y sobre todo

ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba, ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quixote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Quando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos, y agora quando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud

nueva, para volver al nunca de mi olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dexemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, harémos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quixote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas, ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,  
que estar no pueda  
con Roldan á prueba (1).

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues

(1) Page 76. Vease t. II, pag. 18r.

ni él, ni las armas, replicó Don Quixote, quiero que se ahorquen, porque no se diga, que á buen servicio mal galardón. Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque, segun (κ) opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorbasse su camino, y al quinto dia, á la entrada de un Lugar, halláron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Quando llegaba á ellos Don Quixote, un labrador alzó la voz diciendo: alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Si diré por cierto, respondió Don Quixote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dixo el labrador, señor buenó, que un vecino deste Lugar tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á

correr á otro su vecino, que no pesa mas que cinco. Fué la condicion, que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiendole preguntado al desafiador, como se habia de igualar el peso, dixo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dixo á esta sazón Saacho, ántes que Don Quixote respondiese: y á mí, que ha pocos dias que salí de ser Gobernador y Juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleyto. Responde en buen hora, dixo Don Quixote, Saacho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia, dixo Saacho á los labradores que estaban muchos al rededor del, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan, ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer que el gordo desafiador se esca-

monde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí, ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente. Voto á tal, dixo un labrador, que escuchó la sentencia de Saacho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un Canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro (1), y sobre mí la capa quando llueva.

(1) Esto es, del vino caro, ó del mejor vino, porque habia una taberna ó casa (como se dice aquí) donde se vendia vino de mejor calidad, y por consiguiente valia á precio mas alto ó caro que el comun. En Madrid estaba esta casa el año de 1631, hácia el lienzo de la plaza mayor donde caen las carnicerías; porque un lunes siete de julio (de dicho año) á las dos de la noche se quemó (se dice en una Relacion que hay en la Real Biblioteca de S. M.) toda la acera de casas de la plaza mayor desde la calle de

Yo, señores, respondió Don Quixote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dexándolos admirados de haber visto y notado, así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgáron á Sancho (1), y otro de los labradores dixo:

*Toledo, ó desde el arco, hasta el pasadizo que dividia los especieros y un pastelero, y la casa donde se vendia el vino caro. El dia antes (se añade en dicha Relacion), que fue domingo seis deste mes, se habia hecho por la tarde la fiesta y procesion del Santisimo Sacramento en la parroquia de San Gines por la calle mayor y otras, con la mayor grandeza que se ha hecho nunca, con muchos altares y muy ricos, y danzas, y comedias: que es fiesta que hace esta parroquia de siete en siete años.*

(1) El caso de esta apuesta, aunque dilatado y amenizado por nuestro autor, se leia ya en Alciato, que, tratándose de que la desigualdad de las personas podia ser causa justa para no admitir el reto ó desafio, propone algunos casos dudosos, como si desafiando un coxo, ó un tuerto, á otro que no lo fuese, este se habia de encojar, ó sacar un ojo, para igualarse con su contrario: y en quanto al tuerto opinaban algunos soldados prácticos que no bastaba que su contrario se cubriese un ojo con un parche, ú otra cosa, sino que se le habia de sacar efectivamente, porque si el tuerto perdía el único que tenia, quedaba sin

si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y quando ménos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasáron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierta, y otro dia siguiendo su camino viéron que hácia ellos venia un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el qual como llegó junto á Don Quixote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole

ninguno, y a su enemigo, aunque perdiere uno, le quedaba otro todavía. Pero esta opinion, añade aquel jurisculto, es ridicula por demasiado sutil, como lo fue también la sentencia que se dio en el caso de un gordo y ventruado, que apostó con un flaco y ligero de pies á que correria mas que él, con tal que corriesen con pesos iguales. Pedia el gordo que se le atase al flaco el peso equivalente á su gordura en que le escedia. Replicaba el flaco que antes convendria matar de hambre al gordo, para que, enflaqueciendo algún tanto, pudiese correr con él sin pesar mas ni menos. (De Singulari Certamine: cap. 29.)

por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dixo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el Duque, quando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa! No os conozco, amigo, respondió Don Quixote, ni sé quien sois, si vos no me lo decis. Yo, señor Don Quixote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dixo Don Quixote, ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformáron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos,

por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Parcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé quantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el embite, dixo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de quantos encantadores hay en las Indias. En fin, dixo Don Quixote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas. Rióse el lacayo, desenvaynó su calabaza, desalforjó sus rajás, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentáron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabiláron y diéron fondo con todo el repuesto de las

alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia á queso. Dixo Tosilos á Sancho: sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Como debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿que aprovecha? y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dexar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo á Dios, dexó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

## CAPÍTULO LXVII.

*De la resolución que tomó Don Quixote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.*

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quixote ántes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dixo Don Quixote, que todavía, ó Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las

miénten haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco : obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora : ¿ preguntaste á ese Tosilos, que dices, que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dexado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíxome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente : señales todas de que me adoraba : que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas

peranzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dixésemos : si os duele la cabeza, untáos las rodillas : á lo ménos yo osaré jurar que en quantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré quando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora,

que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle Don Quixote, y dixo á Sancho: este es el prado donde topámos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral exercicio son necesarias (1), y llamándome yo el pastor Quixotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando

(1) Aquí se verifica el temor que tenia la sobrina de Don Quixote de que su tio se hiciese pastor (P. I. cap. VI, pag. 85.) imitando en esto á otro caballero andante. *El Principe Don Florisel de Niquea* (se dice en la II. P. c. 152, de Amadís de Grecia) entre sus muchos cuidados acuerdo de tomar habito de pastor, y vivir en una aldea: y como lo acuerdo, luego se fue, y descubrió á un buen hombre, y hizole que le comprase ciertas ovejas para salir con ellas, haciendole unos habitos de pastor.

allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el ayre claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Pardiez, dixo Sancho, que me ha quadrado y aun esquinado tal género de vida, y mas que no la ha de haber aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carras-



con : el Barbero Nicolas se podrá llamar **Niculoso**, como ya el antiguo Boscan se llamó **Nemoroso** (1): al Cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo

(1) Esta es la opinion comun, aunque Hernando de Herrera quiso decir que el Nemoroso de las Eglogas de Garcilaso fue Don Antonio de Fonseca, marido de la Elisa, ó Isabel, celebrada en ellas, cuya novedad contradice Don Luis Zapata en su *Miscelanea*, diciendo que Don Antonio Fonseca en su vida hizo copla, ni fue de la compañía de Garcilaso, como Boscan, ni tubo ramo de donde saliese y se deduxese, como de Boscan, nemus Nemoroso, segun mas largamente dixe en la *Advertencia* á las Obras de Garcilaso de la Vega, impresas por Don Antonio de Sancha año de 1788, en 52. De Juan Boscan cuenta el referido Zapata la siguiente anecdotita: *Paseabanse juntos una vez en Barcelona Boscan... que era muy escuro de rostro é muy moreno, y Juan Desá, hijo de un Rey de la India, que le dio el Rey de Portugal el habito de Santiago, y Don Juan de Mendoza les hizo la copla siguiente:*

*Con Juan Desá se pasca  
Boscan, y aun acierta en esto,  
Porque alguna vez su gesto  
Mejor que el del otro sea.*

*Lo que desto me parece  
Es que tengais entendido  
Que en el un gesto anochece,  
Y en el otro ha anochecido.*

Como Juan Desá llevaba el hábito de Santiago, cuya

de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi señora quadra, así al de pastora, como al de Princesa, no hay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen exemplo, y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dixo Don Quixote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Que de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, que de gaytas zamoranas, que de tamborines y que de sonajas y que de rabe

encomienda es encarnada, y era pequeño de cuerpo, mal tallado y negro, como se ha dicho, dixo uno de él que era *costal de carbon con remiendo colorado.* (*Miscelanea: est. H. cod. 124, fol. 547.*)

les. ¿Pues que sientre (l) estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Que son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable, ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta y del tamborin, y este nombre albogues es Morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhuzema* (m), *almacen*, *alcancia* y otros semejantes que deben ser pocos mas; y solos tres tiene nuestra lengua que son Moriscos y acaban en *í*, y son *borcegut*, *zaquizamí*, y *maravedí*: *alhelí* y *alfaqú*, tanto por el *al* primero, como por el *í* en que acaban, son conocidos por Arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á practicar (n) con perfeccion este exercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y

el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien Maese Nicolas, no dudo en ello, porque todos (1) ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia: tú te alabarás de firme enamorado: el pastor Carrascon de desdeñado, y el Cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. Á lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea. ¡Ó que polidas cucharas tengo de hacer quando pastor me vea! ¡Que de migas, que de natas, que de guirnaldas y que de zarandajas pastoriles! que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada: y tambien suelen andar los

---

(1) Los barberos.

amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los Reales Palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento: y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto: y, castígame mi madre y yo trómpogelas. Pareceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dixo la sartén á la caldera, quítate allá ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió Don Quixote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen quando los digo como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras y no los guías: y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios,

y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dexémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo y su amo velando.